

El aullido de Caín

Formo parte de una generación que alzamos el vuelo, en aquel páramo franquista, con el “boom” de la literatura hispanoamericana en sus diferentes voces y una misma lengua que describía otros territorios tan lejanos entonces, como deseados. Entre aquellas lecturas un libro memorable: “Tres tristes tigres” de Guillermo Cabrera Infante que apareció como una caja de música en donde danzan las palabras en un sorprendente y muchas veces cómico ejercicio literario que recobraba una Habana, a plena noche, para pervivirla en definitiva literatura. En habanidad.

Y en 1995 decidí viajar a Cuba. Entre el rojo del flamboyán y el vuelo de las auras tiñosas, el viaje transcurrió por la mirada y la experiencia. Una y otra salpicaron de tinta mi cuaderno de dibujo, al que mas tarde titulé, en su cubierta, como “Tintas de la Habana”. Estos dibujos como rastros de mis ojos habaneros, no tenían otro propósito que el de incitar a adentrarse en ese otro espacio y tiempo, que no pertenece ni al periplo ni al regreso sino a la propia encarnación de la tinta. Algunas imágenes de esta colección mas otras realizadas con inmediata posterioridad, acompañaron la edición ilustrada del libro de Cabrera Infante, “Vista del amanecer en el trópico” publicada por Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, 1998. Por aquellas fechas, regresaba de nuevo a La Habana para presentar mi film “Viaje a la luna” en la cineteca “Chaplin” de la ciudad. Rememoro, ahora, aquella proyección, anunciada boca a boca y la asombrosa asistencia de público por la película con guión de Federico García Lorca.

Poco tiempo después, visitaba a Guillermo y a Miriam Gómez en su casa amurallada de libros y luz habanera de South Kensington. En aquella ocasión, les obsequié con una de mis tintas que representaba un par de ojos que habían sido cubierta de nuestro libro del trópico. El escritor me correspondió con un ejemplar de la recién editada antología de su obra, compilada por Nivia Montenegro y Enrico Mario Santí por el Fondo de cultura Económica, con el título de “Infantería” y en donde anotó como dedicatoria: “Para Frederic, esta infantería que es en realidad una estantería. Un abrazo. Guillermo”. Era cierto, entre los anaqueles de aquella dedicatoria, leí con sorpresa un guión cinematográfico inédito con el título de “El aullido” que de inmediato me sentí tentado a visualizar. El propio G.C.I. me apuntaba, posteriormente, en una carta: «“El aullido” fue escrito a principios de 1952. La catástrofe (que termina, como debe de ser, en fe) ocurrió en octubre de ese año. Caín no nació hasta fines de 1953. Comencé a escribir sobre estrenos en 1954”». Es sabido, pero cabe recordar, que fue a sus veintitrés años de edad, bajo el régimen de Batista, cuando escribe su primer guión de cine, meses mas tarde es procesado por obscenidad y encarcelado por publicar un cuento que contenía “english profanities” con el título “Balada de plomo y hierro” en el que describía el mundo del gangsterismo criollo. Privado de usar su nombre, decide usar el seudónimo de G. Caín, con el que firma su columna semanal sobre cine en la revista “Carteles” de Cuba donde, en una admirable y peculiar transfiguración, hace de la crítica o crónica cinematográfica, pura literatura. Puro gozo. Posteriormente, estos escritos de cine fueron reunidos en el legendario libro *Un oficio del siglo veinte* (La Habana, 1963) en donde anota de su alter ego Caín: “Vida y muerte sobran a la vida de Caín, también le sobra pasión y todo estaba en el cine. Para él, el cine fue un evangelio, porque contenía su vida, su pasión y su muerte”. El desaparecido Caín se perdió de vista, pero no así su mirada frente a la pantalla. Fue claro al declarar: “He de darle las gracias porque yo he vivido del cine: primero como crítico, después como guionista y finalmente como testimonio del cine actual”. Es muy probable que hoy en día Guillermo Cabrera Infante habite, como partícula en este haz de luz proyectado que es el cine. El cine ha sido su patria, tanto en su obra como en su vida. Dicen, y es cierto, que cada día veía varias películas junto a Miriam Gómez y su gato. Tres felices cinéfilos. Su experiencia como guionista cinematográfico iniciada con “El aullido” continuó con otros guiones, algunos por sustento económico, otros de culto y reconocimiento como “Vanishing Point”, en donde un joven conduce a toda velocidad por las calles



de San Francisco hasta estrellarse contra una barrera policial. El film fue dirigido por Richard Sarafian en 1970, pero el propio guionista percibió que el director había recibido sus mensajes pero leídos al revés. En su guión el héroe era un chofer trágico y en el film, la tragedia, le ocurre al automóvil.

Hubo otra experiencia cinematográfica frustrada, la adaptación de la novela de Lowry “Bajo el volcán” por invitación del director Joseph Losey que le condujo a la demencia como el decía en inglés “nervous breakdown”, debido a la doble presión del tiempo y la materia literaria, y a su vez la del propio personaje del cónsul con el cual llevo a identificarse hasta en el atuendo. Posteriormente se estrenó el film “La ciudad perdida”, cuyo guión escribió para el actor de origen cubano Andy García. La isla ha sido el escenario de su último film, como también lo fue para aquel joven que escribe “El aullido” en donde ya intuía y anotaba una meticulosa situación del objetivo de la cámara, puntualizando su coreografía, y acotando su voluntad: “Para el autor, el guión es el armazón de una película, es a la vez lo que el esqueleto al cuerpo y los planos al edificio por construir, —quizá menos, quizá más—. En sí es poco —es medio, no fin— pues precisa de un desarrollo ulterior; es tan sólo un esquema o un plan de trabajo”...

En “El aullido”, G.C.I. evoca un escenario propio como podría ser el pueblo de Gibara, en la provincia Cubana de Oriente donde nació en 1929 y que abandona con su familia camino a la Habana a los doce años. En “El aullido” no aparece otra luz que no sea la fría luna azufre y sus sombras, ni otro sonido que el del propio aullido, que acompaña el nocturno filme de imágenes desoladas en donde percibimos un mosaico de escenas en una asombrosa premonición de la deriva y su trágico destino ante un mar ennegrecido.

En “El aullido”, el espectador conoce la leyenda que cuenta un viejo jugador de dominó y que aparece escrita en unas cartelas que, como insertos de breves diálogos, ocupan la pantalla en donde leemos: “Cuando un perro aullaba tarde en la noche de luna, era porque veía algo y si cualquiera que se llegaba hasta él y cogía dos lágrimas que colgaban de los ojos del perro y se las ponía en los ojos, veía lo que el perro, pero no vivía para referirlo.” En “El aullido”, el deseo de ver otra luz, aún con el riesgo de perder la vida, se cumple e invita a los ojos del espectador a visualizar una última escena de fulgurante y pendular presencia.

Y es así que “El aullido” de Cabrera Infante, nos convoca a las últimas palabras escritas muchos años tarde por Reinaldo Arenas en su revulsiva autobiografía “Antes que anochezca” escrita en el exilio y silenciada, como los libros y la persona de Cabrera Infante, en Cuba: “Mi gran diosa, mi verdadera diosa, que me has protegido de tantas calamidades, hacia ti en medio del mar, hacia ti junto a la costa, hacia ti entre las rocas de mi isla desolada, elevaba la mirada y te miraba, siempre la misma, en tu rostro veía una expresión de dolor, de amargura, de compasión hacia mi; tu hijo. Y ahora, súbitamente, Luna estallas en pedazos delante de mi cama. Ya estoy sólo. Es de noche”.

Frederic Amat